

La voz del amigo

Atraviesan el evangelio de hoy la muerte, la vida y la amistad. Se acerca la Pascua. La amistad, que es una de las manifestaciones más bellas del amor, se presenta como un puente que conduce de la muerte a la vida. «Lázaro, ven afuera» – gritó Jesús con voz potente. Aquel que antes lloraba y estaba profundamente conmovido con la muerte de su amigo, ahora grita como quien afronta la fuerza de un adversario: «Ven afuera». Un amigo siempre está a nuestro lado luchando por la vida.

Venir afuera es el movimiento característico de la naturaleza en primavera. Sintonizamos fácilmente con la primavera, porque también nosotros, como toda la naturaleza, estamos hechos para nacer de nuevo. Es verdad que la primavera contiene en sí misma una ambivalencia: si nos seduce la vida que brota con tanta exuberancia, por contraste, a veces, nos entristece o incluso nos deprimimos, por sentir que nos falta personalmente esa energía para salir afuera, como si resignadamente ya no creyéramos que nada de nuevo o de bueno nos pudiera traer la vida. Si nos fascina la vida, la pulsión de muerte también tiene sobre nosotros un efecto seductor, y puede manifestarse como una especie de autocomplacencia destructiva. Pero esta actitud únicamente oculta un deseo profundo de vivir.

¿Quién puede despertarnos del sueño de muerte? La voz de un amigo tiene la capacidad de romper con la incomunicación característica de la muerte, porque la voz de un amigo penetra más hondo y puede ser escuchada en el lugar virginal que existe en el corazón humano, un lugar pleno de hospitalidad y de confianza. Solo aquellos que nos aman de verdad son capaces de tocar nuestra verdadera intimidad, alcanzar nuestro yo más íntimo, más allá de nuestra piel, de nuestros miedos defensivos y de nuestras máscaras resistentes. Ante ellos osamos desvelarnos, hacernos vulnerables, sin sentirnos amenazados. La amistad es un espacio sagrado donde solo podemos entrar descalzos.

Elredo de Rieval, uno de los padres cistercienses del siglo XII, dice que «la amistad es... la patria de los desterrados, la fortuna de los pobres, la medicina de los enfermos, la vida de los muertos... la fuerza de los débiles». Y sigue diciendo: «Pero hay algo más que supera a todo esto: la amistad es un escalón próximo a la perfección, que consiste en el conocimiento y el amor a Dios. El hombre, amigo de otro hombre, se hace amigo de Dios». Para Elredo la amistad no es simplemente un instrumento o una mediación

entre Dios y el hombre. La amistad es el lugar del encuentro entre lo humano y lo divino. El amigo es sacramento: reflejo, sendero y testigo del amor de Dios.

Si tuviéramos que resumir la naturaleza de la amistad, podríamos decir: un amigo es alguien que ha sido capaz, aunque fuera por un breve momento, de mirar la hondura de nuestra alma y después transportar consigo ese secreto, de la forma más gratuita y constructiva. Todo cambia en la vida cuando estamos seguros de que hay una mirada bondadosa que nos sostiene. Puede ser una mirada discreta y tenue, como tantas veces es el lenguaje de la amistad, pero sabemos que no nos abandona.

«Maestro, hace poco intentaban apedrearte los judíos, ¿y vas a volver allí?»
(...) «Lázaro, nuestro amigo, está dormido; voy a despertarlo.»

Cuando sabemos que hay alguien que no nos abandona, pase lo que pase, e incluso se arriesga por nosotros, jamás nos resignaremos a la fuerza de la muerte.

Caminar hacia Dios (hacia la Pascua) se hace obligatoriamente y sin desvíos a través de lo humano, mediante el intrincado tejido de relaciones, del amor compartido y ofrecido, por medio de los lazos y nudos humanos. Cuanto más nos exponemos a la vulnerabilidad propia de una relación humana, tanto más estaremos abiertos para recibir la gracia de la Pascua.

«Desatadlo y dejadlo andar» – la palabra liberadora de un amigo siempre es un acontecimiento pascual.

<https://www.monasteriodesobrado.org/>